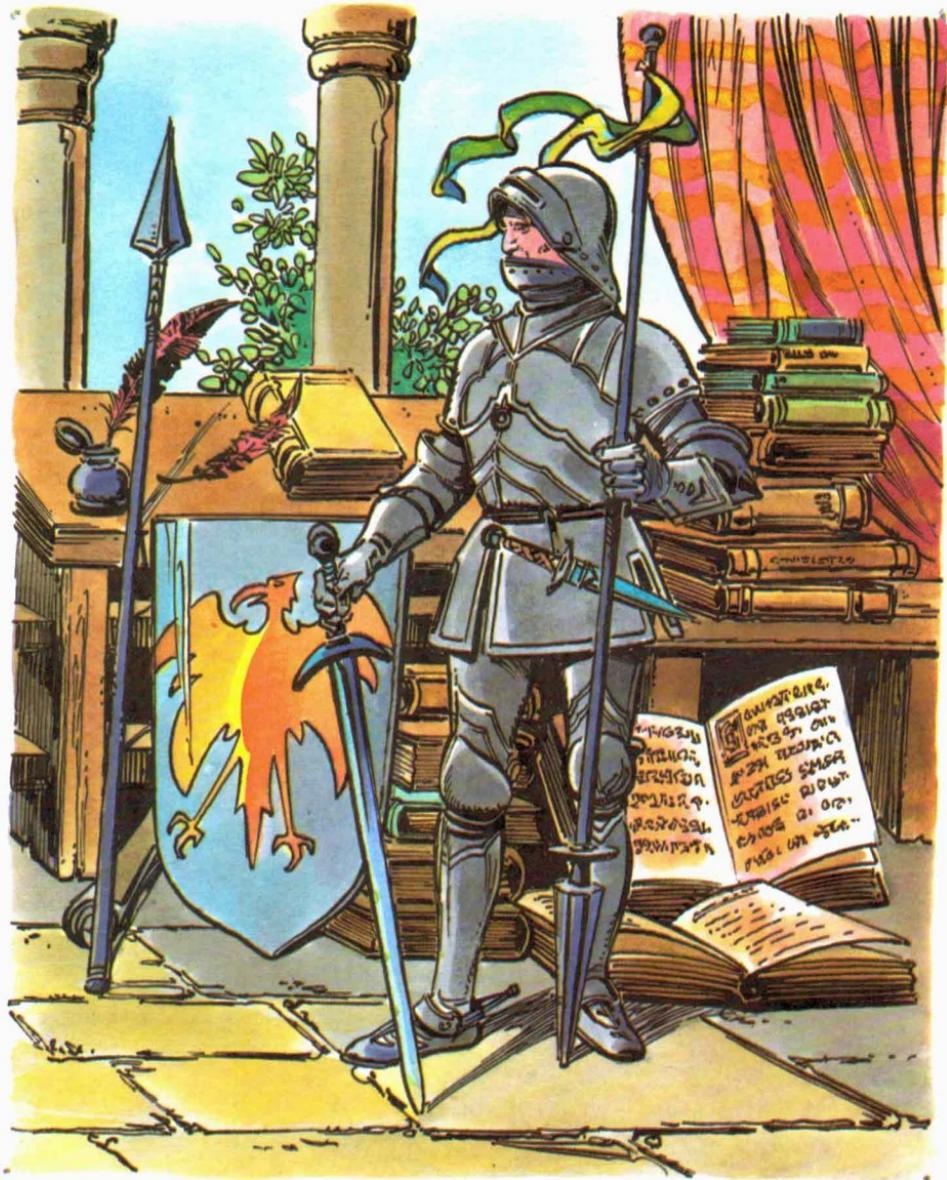


Santo Tomás Moro



SANTO TOMAS MORO MARTIR DE LA IGLESIA

**Por
Rafael-María López-Melús, carmelita**



En el siglo del humanismo

El siglo xv brilló —sobre todo en su segunda mitad— por el culto a las ciencias humanas.

Tomás Moro es un mártir y un santo. Un padre y esposo ejemplar. Excelso humanista y juez recto. Una de las figuras cumbres de la historia de Inglaterra.

Para los protestantes es uno de sus principales reformadores.

Para los socialistas, precursor del marxismo con su utopía.

Para los católicos, fiel a la Iglesia.

Atrae, pues, a todos, dentro y fuera de la Iglesia. Es un ejemplo valedero para nuestro quehacer actual.

Un santo que ilumina en los conflictos político-religiosos. Su vibración y talla humana es un estímulo perenne.

Su prestigio, dulzura y fortaleza subyuga nuestro espíritu.

Su vida cabalga entre el Medievo y el Renacimiento, y sufre las crisis y tensiones del cambio.

Su voz sigue gritando en tiempos de componendas y de concivencias.

Tomás Moro nace en Londres el 6 de febrero de 1478. Su madre murió muy joven. En cambio su padre, que tuvo sobre él gran influencia, muere cuando ya Tomás tiene 50 años.

En su Vida de Eduardo III, el Usurpador, consigna algunos recuerdos de su niñez. Mientras asiste a la escuela, se sucede la lucha por el trono entre las casas de York y de Lancaster, llamada la guerra de Dos Rosas.

Entra como paje del Canciller y Arzobispo de Canterbury, el Cardenal Morton, en el palacio de Lambeth. Buen aprendizaje. Moro recuerda luego a Morton en Utopía. Moro era un hombre intuitivo, gran fantasía y sentido del humor.



De la ciudad terrena y celestial

El hombre —rey de la creación— es “algo” muy complicado. No es ni sólo tierra ni sólo espíritu. Pero es un poco de ambas cosas.

Ya lo cantó el “poeta cristiano”:

“De Dios y tinieblas soy
y quiero darme a los dos
y quiero dejar de mí en pos
robusta y santa semilla,
de esto que tengo de semilla,
de esto que tengo de Dios”.

Platón dice que el hombre es un planeta celeste cuyas raíces están arriba. No se puede comprender la vida de los hombres utilizando únicamente unas medidas destinadas a las cosas materiales.

Las vidas humanas desbordan el marco de la materia. Un hombre no es una cosa. No es únicamente materia. Es algo más complejo...

El hombre tiene una doble ciudadanía, en la tierra y en el cielo. Vive en el tiempo y también en la eternidad.

Dice Rilke: ¿Es un ser de aquí? No. Su rica naturaleza florece en los dos reinos. “El hombre no es únicamente vecino de sus conciudadanos, sino también de los santos y de los ángeles” (Gheorghiu).

Pocos hombres habrá habido tan encarnados en su tiempo, tan amantes de la vida, y a la vez tan desligados de las cosas, tan anclados en lo eterno, como Tomás Moro.

Para él no existía la dicotomía agustiniana. Se sentía ciudadano de la ciudad terrestre y de la ciudad celestial.

Tomás Moro, desde niño pisará tierra, amará todas las almas de la creación con una gran pasión pero suspirará siempre por las “cosas del cielo” ya que no le llenarán las de la tierra.



Rodeado de ilustres amigos

Era natural que así lo fuera dada su inteligencia y los centros donde se formó.

Pronto tendió lazos de estrecha amistad a los hombres más conocidos de su tiempo por su nivel intelectual.

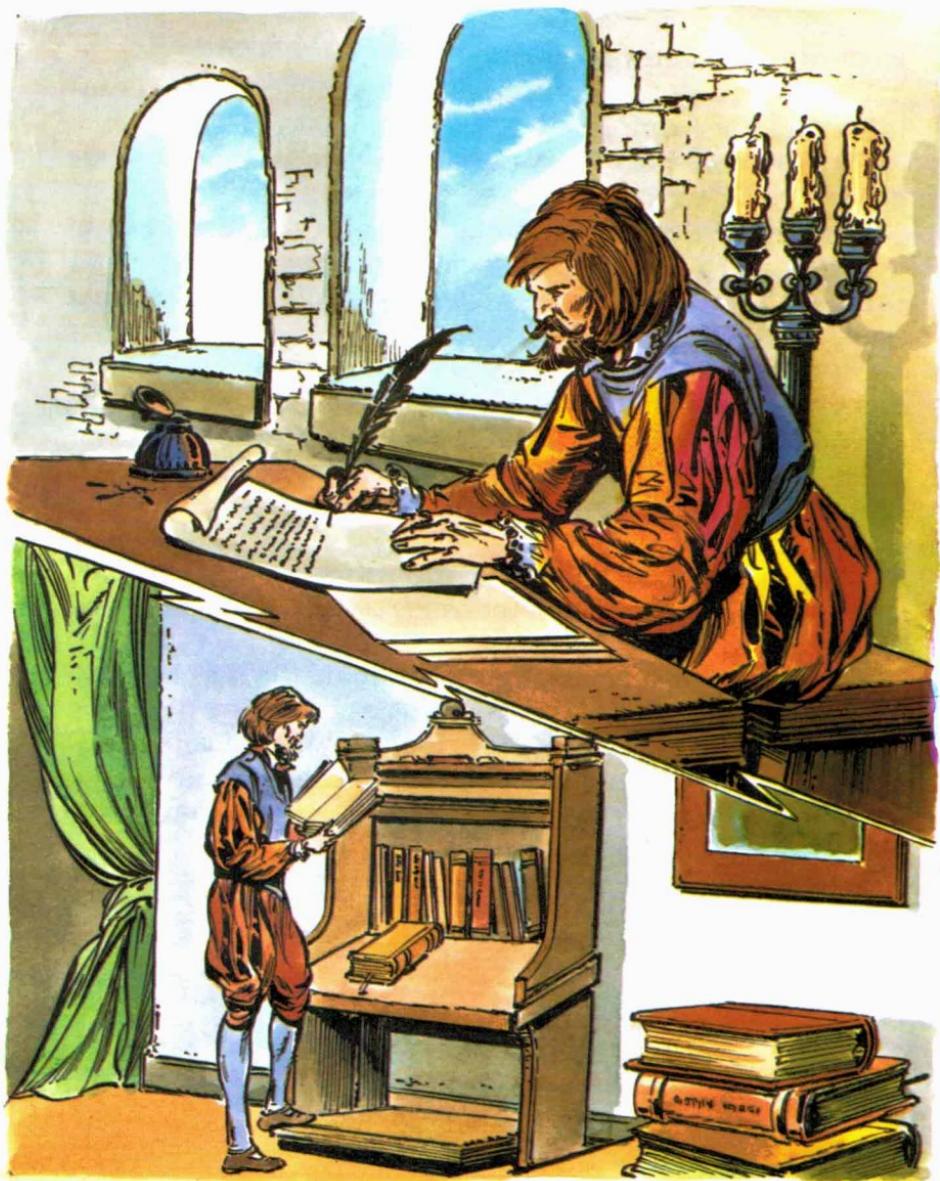
Tomás sabía aprovecharse de todas las ocasiones que se le ofrecían. La lectura y traducción del latín al inglés de un precioso libro del gran sabio italiano Pico de la Mirandola realizó un gran cambio en su vida.

Moro entra en contacto con los humanistas Colet y Grocyn, con el flamenco Egidio y con el español Luis Vives.

Trabaja una amistad especial con Erasmo, que nunca se interrumpirá. “¿Ha creado la naturaleza cosa de mayor suavidad, dulzura y acierto que el ingenio de Tomás Moro?” resumirá Erasmo sobre él.

La personalidad de Tomás Moro traspasará los umbrales de su patria y llegará hasta todos los confines del mundo civilizado.

Bouyer nos habla de su figura, como de “la más bella del Renacimiento católico, porque es la de un hombre de acción más que de un pensador... Su vida y su muerte son el más elocuente testimonio de la vitalidad del catolicismo humanista, penetrado por el espíritu de este Renacimiento, cuyo corifeo sigue siendo Erasmo”.



Escritor y filósofo

Moro es un intelectual. Ha recibido una sólida formación y posee una inteligencia nada común. Además de la Vida de Pico, Tomás tradujo otra obra suya, las Doce Reglas “para despertar y para enderezar a los hombres a la pelea espiritual”. Con las Doce Reglas están las Doce Armas “que deben estar aparejadas cuando viene la voluntad de pecar”, y las Doce Condiciones, que comentaría Moro con otras tantas estrofas, inspiradas en una entrega total a Dios.

Tomás Moro entra a prestar servicios a la diplomacia. En 1515 va en una delegación a los Países Bajos para revisar el convenio que tenían con Inglaterra. En Brujas conoce a Luis Vives. Allí planea *Utopía*, el libro que más fama ha granjeado a Moro.

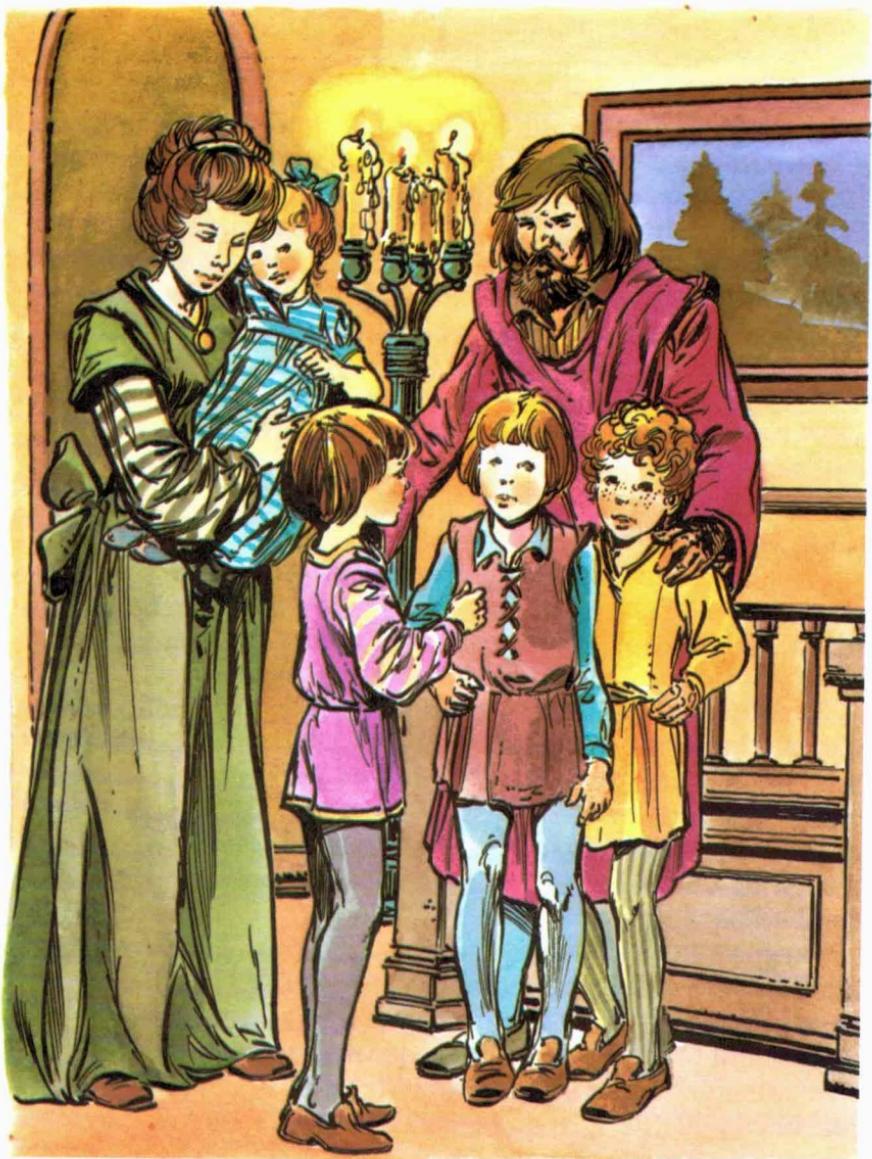
Utopía es una llamada universal a reflexionar sobre las cuestiones sociales, contado en un estilo entre real e imaginario. “El libro es corto, mas para atenderlo como merece, ninguna vida será larga”, afirmaba Quevedo.

Se propone un régimen comunitario, sin propiedad privada, el ideal hacia un mundo mejor, de momento inasequible. Es una crítica de los Estados de entonces.

No le entendieron. Otros sí le entendieron, como Vasco de Quiroga “Trata Vasco”, que siguiendo los criterios de Utopía “inició un plan audaz de socialización cristiana en territorio mexicano”.

Utopía “lleva de algún modo la impronta autobiográfica de su autor”. Efectivamente, la vida de Moro puede definirse así: “metido en el mundo y entregado a Dios”.

Escribió otros muchos libros de tema religioso y apologético principalmente contra los herejes, pero el que le dio fama universal fue este de la UTOPIA.



Su puesto está en el mundo

A veces creyó que el Señor le llamaba a la vida religiosa. Pero poco a poco se convence de que no es este su camino. Quiere vivir la perfección cristiana sin apartarse del mundo, en una profesión civil.

Estudiando la Ciudad de Dios de San Agustín, al que tenía gran afición, quiere ser ciudadano de la ciudad celeste, sin apartarse de la ciudad terrestre.

Cinco años le cuesta decidirse. La caída en sus manos de la Vida de Pico de la Mirándola le iluminará y encontrará su vocación...

Para orientarse en sus problemas acudía a su director espiritual, Colet, sabio y discreto.

Era Tomás un hombre sencillo, piadoso y ejemplar, de “meditación profunda y acción larga”. “¡Para que piensen algunos que sólo se dan cristianos en los monasterios!”, comentará Erasmo.

Como dice su biógrafo Harpsfield, será “un mensajero para los laicos”, que sabe enfrentarse a los problemas de su tiempo con criterios cristianos.

Convencido de que su vocación estaba en el mundo, empieza a buscarse esposa. Entonces compone en latín un poema. *Cándido ¿qué esposa has de elegir?*, donde enumera las cualidades que representan para él la esposa ideal. No tarda en encontrarla.

En 1504 se casa con Juana, hija de un granjero amigo, Juan Colt. Algo desplazada se sentía Juana en la City. Pero poco a poco se va adaptando, a la vez que Moro se preocupa también de prestarle más atención. Pronto cuatro hijos vienen a alegrar el hogar.



Santidad matrimonial

Pruebas no faltaron a lo largo de toda su vida. Era esto señal de que Dios le amaba.

En 1511 muere Juana, la esposa de Tomás. La casa queda en desorden y con cuatro niños pequeños, por lo que pocos meses después toma como esposa a Alicia, viuda también.

Pronto descubre Alicia que su marido usaba por camisa una malla de pelo, áspera e hirsuta, como penitencia para dominar las pasiones. Intenta conseguir del párroco y director espiritual de Tomás que no la use, pero no lo consigue.

Alicia era desabrida. Moro la suaviza con paciencia.

No tuvieron hijos, pero se quisieron.

“Ya que no hemos podido vivir juntos los tres en vida, escribe Moro sobre sus dos esposas, que podamos al menos juntarnos los tres bajo tierra y en el cielo”.

Moro compagina su trabajo con sus deseos de perfección interior. El cristianismo, dice, ha de empapar la vida familiar, los ocios, en una labor íntegra del hombre.

No admitía dicotomías entre su actividad y su vida interior. Crece su prestigio. Se busca su intervención. Era abogado honesto y desprendido, vivía según sus convicciones religiosas. “Adiós, Moro, el mejor amigo que tuvieran jamás los pobres”, se afirma en un drama compuesto en su memoria. Exhortaba a los cristianos a tener visión de futuro.

Ya que debe vivir en el mundo intenta conseguir la perfección en este estado. Todos —no sólo los religiosos y sacerdotes— estamos llamados a la perfección.

El se encarga de ensalzar la obra bien hecha, como algo enriquecedor de la persona, y el valor del matrimonio. “La lejana visión utópica del hombre casado, a quien se reconoce el derecho de aspirar a la perfección en medio del mundo ha llegado a ser hoy en la Iglesia —en el siglo xx— un hecho gozoso, tangible y abierto a muchos padres y madres de familia”.



Metido en la política

Muy joven consigue ya en el Parlamento que se vote contra una contribución que pedía Enrique VII, cosa que enfadó mucho al anciano rey.

En 1501 se celebra en la catedral de San Pablo la boda de Catalina de Aragón, la hija de los Reyes Católicos, con el Príncipe Arturo. Moro estuvo en la ceremonia de los Reyes Católicos, con el Príncipe Arturo. Moro estuvo en la ceremonia y admira las prendas de su hermano Enrique con Catalina.

En 1509 Enrique VIII —19 años— se casa con Catalina —24 años—. Hay un clima de alegría y de libertad con la nueva pareja real. Moro les dedica una larga oda.

En 1517 entra Moro en el Consejo Real. Va escalonando cargos importantes. Enrique VIII y Catalina le apreciaban mucho y le invitaban a sus tertulias, pues era muy ameno conversador.

Mientras tanto, no descuidaba la atención a su hogar, su esposa y sus hijos “la más deseable compañía”, y no quiere “resultar un extraño en su propia casa”. Se preocupa asiduamente de la educación cristiana de sus hijos, y de los estudios de sus hijas, adelantándose en siglos a su tiempo.

Moro asiste, acompañando al Cardenal Canciller Wolsey, a varias entrevistas con Carlos V. El rey le distinguía con su confianza, pero Tomás no se hacía ilusiones, pues conocía la versatilidad de la naturaleza humana. Europa estaba entonces revuelta por Lutero.

Enrique escribe contra él, con la ayuda de Moro. El Papa nombra a Enrique “Defensor de la fe”.

Para salir airosa de los enredos cortesanos, fomentaba su vida interior, practicaba retiros espirituales, escribía sobre el destino del hombre. En la vida, decía, somos actores. Un día hay que dejar la máscara, para comparecer ante Dios.



¿Cómo era Tomás Moro?

Ya hemos dicho algo hasta aquí.

Añadamos algunos rasgos nuevos:

“Era un hombre bien templado y de carácter armonioso y agradable. Decía las cosas sencillas con seriedad y las serias con buen humor. Pero no era un humor agrio y burlón como el de Erasmo, sino delicado y moderado. Fácilmente pasaba de las chanzas a la seriedad, y hablaba a los amigos “con la mejor de las esperanzas en la vida futura”.

Su espíritu de libertad y de justicia eran el eje de su carácter. A todos protegía y ayudaba. “Nadie se despidió de él —aseguraba Erasmo—, sin haber olvidado sus tristezas”.

Era exigente y delicado con sus hijos, generoso con los criados, manirroto en socorrer a los pobres.

Como abogado y Consejero real, defendió siempre a los más necesitados.

En su casa había alegría, orden y responsabilidad. “Diariamente, nos cuenta, rezaba en familia por la mañana, y por la noche, antes de retirarse a la cama, iba con la mujer, con los hijos y con los criados a su capilla”.

Le gustaba ayudar diariamente a Misa, asistía a las procesiones y peregrinaba a santuarios de Nuestra Señora. También hizo levantar un hospital para los necesitados.

Tenía siempre vivo el pensamiento de la muerte.

A sus hijos, cuando eran niños, les decía Moro que “al cielo no se va en cama de plumas”. Había que luchar contra las insinuaciones del demonio.

Escribió un hermoso epitafio para “avezarse día a día a la idea de que la muerte se acerca arrastrándose sin tregua”, y suplica las oraciones del piadoso lector para que “no temble ante el horror de la inminente muerte, sino que la acepte con alegría por ansias de Cristo, y para que la muerte no le sea cruda extinción, sino entrada a una vida más feliz”.



Intransigente en el “asunto del rey”

En la Corte empezaba la inquietud. Catalina no daba hijos varones al rey, sólo una hija, María. El rey rompía con frecuencia la fidelidad conyugal. Poco a poco tomaba cuerpo el problema matrimonial “el asunto del rey”.

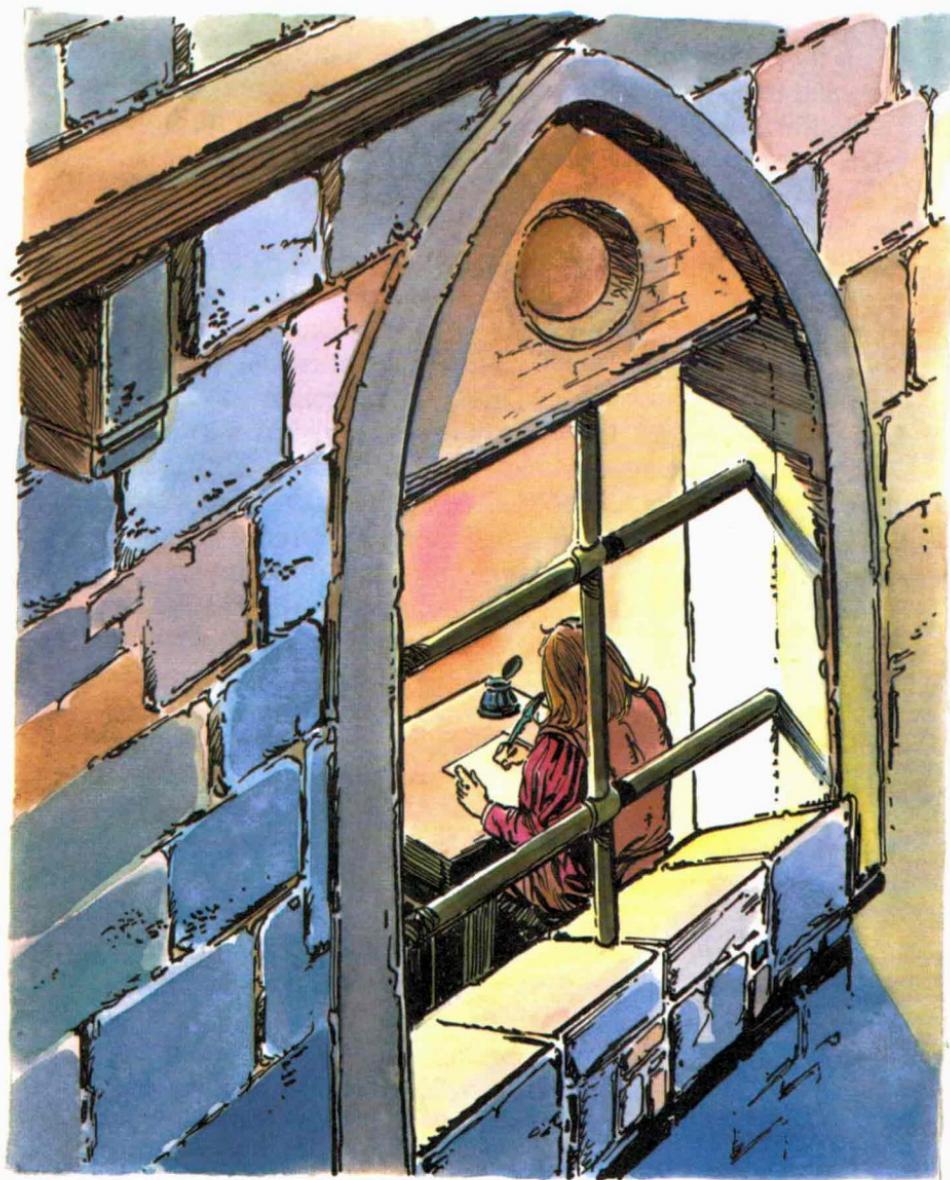
En 1529 Moro es elegido Canciller del Reino, encargado del Gran Sello. En mal momento le tocaba. Lo acepta como un deber moral, aun previendo los peligros. Resolvía los asuntos con gran equidad, atendía a todos los desvalidos. “Inglaterra estaba de enhorabuena, porque no le podía haber tocado mejor juez ni más santo”. Mientras externamente aceptaba los honores de su cargo, interiormente se sacrificaba y seguía con sus prácticas piadosas y visitas a los pobres. Nunca aceptó en su ejercicio regalos que pudieran quitarle libertad, y si algo aceptó fue para regalarlo a su vez.

El rey quería conseguir legalmente del Papa Clemente VII, débil y vacilante, la anulación de su matrimonio con Catalina, bajo pretexto religioso. La causa verdadera era la pasión hacia Ana Bolena, ambiciosa, carnal y sin escrúpulos. Para ello Enrique mueve todos sus peones: Compra teólogos y canonistas, y consigue con la ayuda de su secretario, Tomás Crowell, que se dobleguen a sus deseos los obispos y clero de Inglaterra que firman un documento de sumisión.

Ante tanta intriga y cobardía, Moro renuncia a su cargo, entregando el Gran Sello, en 1532. No quería cohonestar con su prestigio aquellos atropellos que llevarían a la herejía y al divorcio.

“Todos están muy apenados por su dimisión, porque jamás ha habido ni habrá canciller tan honesto y cabal”. Se queda sin recursos, se siente enfermo. Pierde además entonces a su padre, que siempre le había servido de apoyo y ejemplo. Pero crece en fe, esperanza, caridad y humor.

Intuye persecuciones y martirio. Anima a los suyos y les habla del paraíso. Nunca le abandonó la ecuanimidad.



Las cosas se ponen mal

El nuevo arzobispo de Canterbury, Cranmer, declara por su cuenta nulo el matrimonio con Catalina y se celebra en Westminster la boda con Ana Bolena, en cinta ya. Moro no asiste. Ante tanta cobardía se yergue la suave y viril energía de Moro, que sigue luchando en continua vigilia desde su retiro de Chelsea.

Clemente VII condena el segundo matrimonio del rey. Enrique reacciona violentamente. Manda que se predique contra el papa y se declara Cabeza de la Iglesia Anglicana.

El clero, excepto Fisher, cede por miedo. Moro sufre y vigila. Se proclama el Acta de Sucesión, por la que se confirmaba la independencia respecto a Roma.

Moro es atacado, como árbol caído. Acata la autoridad civil del rey, pero no quiere ser infiel a su conciencia. Le juzga una comisión como recalcitrante en el “asunto del rey”.

Moro es convocado a Lambeth, el palacio del arzobispo de Canterbury. Se niega con tenacidad y energía a firmar la parte religiosa del Acta de Sucesión, a pesar de las amenazas.

Ve a los obispos, excepto Fisher, y a los clérigos que van a firmarla.

La actitud de Moro subleva a Enrique, pues se negaba la persona de más categoría del Reino. Al no querer ceder, es enviado a la Torre de Londres. Era el año 1534.

Desde la Torre escribía a su hija Margarita: “Mi espíritu está sosegado. Que el Señor me conserve fiel y dócil. No ansío larga vida. Si mañana me llamase Dios, partiría contento”. Margarita consigue permiso para visitarle. Antes de empezar la conversación rezaban juntos los siete salmos penitenciales con las letanías. La hija por piedad le pide que ceda.* Moro dice que no se lo permite su conciencia, que bien quisiera complacer al rey, pero en este conflicto no puede ceder. “No podía poner en riesgo mi alma”. Se producen los dolores físicos. Pero el abandono filial en las manos de Dios le consuela. Paz y serenidad.



Heroicidad de su fe

Leer las cartas que escribe a su hija y los diálogos que tiene con ella en las cárceles es una delicia y una maravillosa lección de heroica fe y enardecido amor para con Dios y su Iglesia:

“Confío que Cristo, como a Pedro en el lago, me echará su santa mano sosteniéndome para que no me ahogue en estos mares de tormento”.

“Yo rogaré de todo corazón por todos vosotros, para que nos juntemos más allá en el cielo, donde gozaremos por siempre jamás y nunca tendremos inquietud”.

Alicia, su mujer, le tienta y ruega que firme para que pueda volver a su casa: y Tomás contesta con valentía, con fe y esperanza: ¿“No se halla esta casa tan cercana del cielo como la mía?”

Escribió: “Qué necio es evitar la muerte temporal para incurrir en la eterna. Pues con ello no evitamos siquiera la muerte temporal, la demoramos un poquillo”.

Cromwell visita a Moro para obligarle a firmar. Moro no cede.

“Mi única ocupación será ya la Pasión de Cristo y mi propia salida de este mundo”. Maravilla el tesón y grandeza de alma de Moro.

El se decide a “sufrir voluntariamente la muerte antes de negarse a confesar su fe ante el mundo”. También él sentía agonía y miedo, como Jesús aquella noche de Getsemaní, pero le confortaba la gracia de Dios”.

En 1535 fue juzgado y decapitado Fisher, recién nombrado cardenal y obispo de Rochester que estaba en la Torre también. Poco después es juzgado Moro. Se confiesa fiel súbdito del rey, pero no quiere reconocerle como Cabeza de la Iglesia. Es condenado a morir ahorcado, descabezado y descuartizado.

¿Todo por el divorcio?

Hoy está de moda hablar del divorcio. Defender el divorcio. Propagar el divorcio.

Por desgracia en España ya se legalizó el divorcio.

Santo Tomás Moro puede ser una buena lección contra tanta cobardía y apostasía de la indisolubilidad del vínculo matrimonial que un día un hombre y una mujer se prometieron ante el altar.

La Iglesia de todos los tiempos —la del tiempo del sensual Enrique VIII también— ha dicho: “No es lícito abandonar a tu legítima esposa y casarte con otra”.

Por no aceptar este atropello y por ser fiel a esta verdad bíblica y eclesial ofreció en holocausto generoso toda su sangre martirial el gran santo Tomás Moro.

Al verdugo que tímidamente le pedía perdón aquel hombre valiente y heroico le dijo:

“¡Animo, hombre!, no tengas miedo a cumplir con tu oficio. Mi cuello es muy corto. Andate, pues, con tiento y no des de lado, para que quede a salvo tu honradez”.

El verdugo cumplió bien su oficio. “Blandió el hacha y de un solo golpe le seccionó el cuello. El filo se hincó en la madera y la cabeza ródó sobre las tablas”. Era el 6 de julio de 1535.

La vida de Moro, escribía un contemporáneo suyo, era copia del Evangelio: “Como Juan Bautista fue decapitado a causa de Herodías, Moro lo fue a causa de una concubina”. La fama de Moro se difundió por todas partes.

Las virtudes y el martirio de Moro quedaban a la vista de todos. León XIII lo declaró beato en 1886 y Pío XI, santo, en 1935, en el cuarto centenario de su muerte.

La egregia figura de Moro ejerce un atractivo que no se marchita: mártir por la unidad de la Iglesia, por la libertad de la conciencia contra las leyes civiles injustas y por la indisolubilidad del matrimonio cristiano. Buen modelo para los esposos y esposas de hoy y de todos los tiempos.